



SACERDOTE Y MISIÓN

Retiro espiritual

Damián Díaz
Delegado de Misiones. Ciudad Real

Presentación

La Pontificia Unión Misional, que tiene la finalidad de promover la formación misionera en los principales responsables de la pastoral, ha pedido a Damián Díaz, director diocesano de las OMP en Ciudad Real, la elaboración de unos materiales para un retiro espiritual de sacerdotes. El material está abierto a cualquier desarrollo formal y puede servir para un grupo grande o pequeño de sacerdotes, o incluso para una reflexión personal, o bien ser aprovechado en distintos momentos del año litúrgico.

Introducción

La celebración del Año Sacerdotal convocado por Benedicto XVI nos permite reflexionar sobre la identidad, el ser y el quehacer del sacerdote.

Configurado con Cristo, el Enviado del Padre, el sacerdote no podrá olvidar su vocación misionera, inherente a su consagración al servicio de una Iglesia que es misionera por naturaleza.

Antes de comenzar estas reflexiones, sintonizamos en la oración con el mismo Espíritu que consagró, impulsó y guió a Jesús, y que Él nos envió después de su resurrección para que pudiéramos continuar su misma misión.

Salmo 66

R/ Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación.

Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,
riges los pueblos con rectitud
y gobiernas las naciones de la Tierra.

La tierra ha dado su fruto,
nos bendice el Señor, nuestro Dios.
Que Dios nos bendiga; que le teman
hasta los confines del orbe.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos.
Amén.

Lectura evangélica

«En la tarde de aquel día, el primero de la semana, y estando los discípulos con las puertas cerradas por miedo a los judíos, llegó Jesús, se puso en medio y les dijo: "¡La paz esté con vosotros!". Y les enseñó las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Él repitió: "¡La paz esté con vosotros! Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros". Después sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengáis, les serán retenidos"» (Jn 20,19-23).

Preces

Presentamos nuestras peticiones al Padre, siempre dispuesto a escucharnos.

- Por la Iglesia, extendida por todo el mundo, para que sepa vivir y transmitir su fe, fuente de alegría y esperanza. *Roguemos al Señor.*
- Para que en todos los países del mundo se permita profesar libre y públicamente la fe que da a cada uno sentido a su vida. *Roguemos al Señor.*
- Por los empobrecidos y víctimas de un mundo injusto, para que la fe les dé fortaleza y paciencia, y a nosotros nos impulse a luchar por la justicia y compartir solidariamente nuestros bienes. *Roguemos al Señor.*
- Por nosotros mismos, para que vivamos nuestro ministerio desde la disponibilidad para ser enviados sin condiciones hasta donde la misión universal confiada por Cristo a su Iglesia nos exija. *Roguemos al Señor.*

Padre atento a las súplicas de tus hijos, llénanos de tu Espíritu de amor y de fe. Por JNS.

Padrenuestro

Padre nuestro, que estás en el cielo...

Oración final

Señor,
tu voz sigue resonando en nuestros oídos:
"La mies es mucha... pero escasos los obreros...";
"Id y haced discípulos... bautizándoles...,
enseñándoles...";
"Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo...".
Confiamos en tu palabra,
abrimos nuestro corazón a tu mensaje misionero
y te suplicamos con la fuerza de la fe recibida.
Haz que cada día sea
un "nuevo Pentecostés del amor",
que nuestra diócesis y nuestra comunidad cristiana
sean misioneras y rechacen la tentación

de encerrarse en sí mismas,
que las Iglesias nacientes en la misión
cooperen con otras más necesitadas
y den de su pobreza,
que los jóvenes, enfermos y personas consagradas
participen en el compromiso misionero,
que los llamados a la vocación misionera
respondan a ella con generosidad,
que los bautizados participemos
en la actividad misionera de la Iglesia
como responsables de tu encargo misionero.
Te lo pedimos con María, Reina de las Misiones.
Amén.

SACERDOTE Y MISIÓN

(A la luz del Magisterio de la Iglesia)

Introducción

Durante mucho tiempo, el ejercicio del ministerio presbiteral del clero secular -y la espiritualidad que lo inspiraba- estuvo limitado a un territorio, hasta el punto de encerrar su preocupación pastoral en las fronteras de su parroquia y su diócesis, desentendiéndose prácticamente de la tarea de la evangelización universal que Cristo ha encomendado a su Iglesia.

Dos razones bienintencionadas pueden señalarse, por encima de algunas otras:

- Por una parte, el Romano Pontífice había asumido la tarea de la misión *ad gentes* como propia, encomendando posteriormente el encargo misionero a las grandes Congregaciones religiosas o los Institutos misioneros que fueron surgiendo con el tiempo. Esto aseguraba el empeño misionero, pero en la práctica llevaba a los demás obispos, y a los presbíteros, sus colaboradores, a despreocuparse de esa tarea de toda la Iglesia.

- Por otra parte, la obligación de los presbíteros de incardinarse en una diócesis, para evitar los sacerdotes "vagos", llevó también a limitar su movilidad y su disponibilidad.

Magisterio Pontificio anterior al Vaticano II

Desde comienzos del pasado siglo, sin embargo, las encíclicas misioneras fueron abriendo un camino que culminaría en el Concilio Vaticano II:

- Desde el obvio recordar la responsabilidad misionera de los sacerdotes como bautizados a quienes incumbe también la tarea misional de la Iglesia (*Evangelii praecones*, 71, y *Princeps Pastorum*, 19)...

- ... Pasando por la petición a los obispos para que organicen su clero "*en punto a misiones*", de la carta apostólica *Maximum illud* (n. 103), y la recomendación de implantar la entonces llamada Unión Misional del Clero para interesar a los sacerdotes en la obra misionera (ibíd., 105)...

- ... Y la concreción de esa preocupación por las misiones en orar y hacer orar (*Rerum Ecclesiae*, 46), predicar sobre las misiones, divulgar escritos de propaganda misional, apoyar posibles vocaciones misioneras (ibíd., 47) y fomentar las Obras Misionales Pontificias (ibíd., 48)...

- ... Hasta la expresa recomendación a los obispos a "*autorizar a algunos de sus sacerdotes... a partir para ponerse, durante un tiempo limitado, al servicio de los Ordinarios de África*" (*Fidei donum*, 17).

Concilio Vaticano II

● El decreto *Ad gentes* proclamó: "Los presbíteros representan la persona de Cristo y son cooperadores del orden episcopal... Estén profundamente convencidos de que su vida fue consagrada también al servicio de las misiones. Que..., comunicando con Cristo Cabeza..., no pueden dejar de sentir lo mucho que falta para la plenitud del Cuerpo, y cuánto por ende hay que trabajar para que vaya creciendo cada día. Por consiguiente, organizarán el cuidado pastoral de forma que sea útil a la dilatación de Evangelio entre los no cristianos. Los presbíteros, en el cuidado pastoral, excitarán y mantendrán entre los fieles el celo por la evangelización del mundo, instruyéndolos con la catequesis y la predicación sobre el deber de la Iglesia de anunciar a Cristo a los gentiles; enseñando a las familias cristianas la necesidad y el honor de cultivar las vocaciones misioneras entre los propios hijos; fomentando el fervor misionero en los jóvenes de las escuelas y de las asociaciones católicas, de forma que salgan de entre ellos futuros heraldos del Evangelio. Enseñen a los fieles a orar por las misiones y no se avergüencen de pedirles limosna, haciéndose mendigos por Cristo y por la salvación de las almas" (AG 39).

● En este mismo sentido, ya la constitución *Lumen gentium* había afirmado que "la responsabilidad de diseminar la fe incumbe a todo discípulo de Cristo... Es propio del sacerdote el consumir la edificación del Cuerpo... Así, pues, ora y trabaja para que la totalidad del mundo se integre en el Pueblo de Dios..." (LG 17).

● El decreto *Presbiterorum ordinis* refiere con claridad la relación del presbítero con la misión *ad gentes*: "El don espiritual que recibieron los presbíteros en la ordenación no los dispone solo para una misión limitada y restringida, sino para una misión amplísima y universal de salvación «hasta los extremos de la Tierra» (Hch 1,8), porque cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles. Porque el sacerdocio de Cristo, de cuya plenitud participan verdaderamente los presbíteros, se dirige por necesidad a todos los pueblos y a todos los tiempos... Recuerden, pues, los presbíteros que deben llevar en el corazón la solicitud de todas las Iglesias. Por lo cual los presbíteros de las diócesis más ricas en vocaciones han de mostrarse gustosamente dispuestos a ejercer su ministerio, con el beneplácito o el ruego del propio Ordinario, en las regiones, misiones u obras afectadas por la carencia de clero... Revisense, además, las normas sobre la incardinación y excardinación de manera que, permaneciendo firme esa antigua disposición, respondan mejor a las necesidades pastorales del tiempo..." (PO 10).

Magisterio Pontificio posterior al Vaticano II

● El II Sínodo de los Obispos, del año 1971, sobre "El sacerdocio ministerial" y "La justicia en el mundo", decía en el n. 6: "El sacerdote, aunque su ministerio se ejercite en una comunidad particular, no puede, sin embargo, estar exclusivamente dedicado a un particular grupo de fieles. En efecto, su ministerio tiende siempre a la unidad de toda la Iglesia y a reunir, en ella, a todas las gentes... Toda la vida y actividad del presbítero debe estar impregnada del espíritu de catolicidad, esto es, del sentido de la misión universal de la Iglesia..."

● En su encíclica *Redemptoris missio*, Juan Pablo II, después de afirmar que "la misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales" (n. 2); que esa misión tiene plena actualidad y urgencia y, de hecho, 2.000 años después de Jesucristo, está en sus comienzos, puesto que dos tercios de la humanidad aún no le conocen; y que la misión *ad gentes* es "la tarea primordial de la Iglesia... de manera que sin esta la dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental y de su actuación ejemplar" (n. 34), cita la instrucción *Postquam apostoli* -que en marzo de 1980 elaboró unas normas para la colaboración entre las

Iglesias particulares y especialmente para una mejor distribución del clero en el mundo-, para concluir: "Por esto, la misma formación de los candidatos al sacerdocio debe tender a darles «un espíritu genuinamente católico que les habitúe a mirar más allá de los límites de la propia diócesis, nación, rito, y lanzarse en ayuda de las necesidades de toda la Iglesia con ánimo dispuesto para predicar el Evangelio en todas partes». Todos los sacerdotes deben tener corazón y mentalidad misioneros, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más alejados y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente. Que en la oración y, particularmente, en el sacrificio eucarístico sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera... Los sacerdotes «no dejarán además de estar concretamente disponibles al Espíritu Santo y al obispo, para ser enviados a predicar el Evangelio más allá de los confines del propio país. Esto exigirá en ellos no solo madurez en la vocación, sino también una capacidad no común de desprendimiento de la propia patria, grupo étnico y familia, y una particular idoneidad para insertarse en otras culturas, con inteligencia y respeto»" (n. 67).

● La exhortación apostólica **Pastores dabo vobis** afirma: "La pertenencia y dedicación a una Iglesia particular no circunscriben la actividad y la vida del presbítero, pues, dada la misma naturaleza de la Iglesia particular y del ministerio sacerdotal, aquellas no pueden reducirse a estrechos límites... Se sigue de esto que la vida espiritual de los sacerdotes debe estar profundamente marcada por el anhelo y el dinamismo misionero. Corresponde a ellos, en el ejercicio del ministerio y en el testimonio de su vida, forjar la comunidad que se les ha confiado para que sea una comunidad auténticamente misionera" (n. 32). "Por la naturaleza misma de su ministerio, deben por tanto estar llenos y animados de un profundo espíritu misionero..." (n. 18).

De la enseñanza a la vida: espiritualidad y trabajo misionero

● Se trata de vivir aquellas características de la espiritualidad misionera a la que Juan Pablo II dedicaba el último capítulo de la *Redemptoris missio* (nn. 87-91): la pobreza que deja libre para el Evangelio; el desapego de personas y bienes para hacerse hermano de aquellos a quienes se es enviado; la caridad apostólica que lleva a hacerse "hermano universal"; la vivencia de las bienaventuranzas, que son, según el Papa, los caminos de la misión: pobreza, mansedumbre, aceptación de los sufrimientos y persecuciones, deseo de justicia y de paz, caridad...; y, sobre todo, la alegría interior que viene de la fe, superando todo pesimismo, porque el sacerdote, como el misionero, tiene que ser anunciador de la "buena noticia", alguien que ha encontrado en Cristo la verdadera esperanza. (Sobre esto abunda la segunda reflexión, en páginas siguientes).

● En el trabajo pastoral en su parroquia, el sacerdote debe recordar que "la misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales" (*Redemptoris missio*, 2); es más, que el espíritu y la cooperación misionera son un test del nivel de fe de la comunidad: "La misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros" (ibíd., 11). Ha de tener presente también que "la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola!" (ibíd., 2).

● Y, en consecuencia, se preocupará por la formación y la animación misionera del pueblo de Dios: "Las Iglesias locales han de incluir la animación misionera como elemento primordial de su pastoral ordinaria en las parroquias, asociaciones y grupos, especialmente los juveniles" (*Redemptoris missio*, 83).

● Trabajar a nivel personal o grupal la instrucción pastoral de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española *Actualidad de la misión "ad gentes" en España*. ¿Es verdaderamente actual esa misión? ¿Cómo la tenemos nosotros presente en nuestra existencia y en nuestro ministerio?

ESPIRITUALIDAD MISIONERA

**(Pistas para la oración, la reflexión,
el examen de conciencia y el compromiso)**

Principios, normas y consejos como los vistos en la reflexión anterior, especialmente si vienen del Magisterio autorizado de la Iglesia, son necesarios y precisos. Pero todo puede quedarse en buenas intenciones, si no está vivificado por el Espíritu del Señor Resucitado, Enviado del Padre y que nos envía a su vez a nosotros a continuar su misión: "Como el Padre me ha enviado, así os envío yo... Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20,21-22).

Es el Espíritu quien nos lleva a salir al encuentro de los alejados cercanos a nosotros; y nos debe hacer disponibles, en último término, a la misión amplia y universal que lleva a la Iglesia hasta los confines de la Tierra, la misma Misión que el Padre encomendó al Hijo, y que Jesucristo nos encarga ahora a nosotros.

1. Centralidad de Cristo y protagonismo del Espíritu

A veces es necesario recordar lo obvio y refrescar el espíritu del Bautista, porque tenemos tendencia a ir colocando en el centro nuestros planes, nuestros programas, nuestra manera de entender la pastoral..., y hacemos girar alrededor tanto personas, como tiempo y acciones; recordar que no somos nosotros los que hemos buscado esta tarea, que hemos sido llamados, y que el centro del mensaje, y hacia quien tenemos que dirigirnos y dirigir a las personas, es Cristo, y que el protagonista, que está ya actuando antes de que a nosotros se nos ocurra algo, es el Espíritu, como bien muestran, sobre todo, los Hechos de los Apóstoles. Tendremos que revestirnos de las actitudes de Cristo: humildad, paciencia, perseverancia, audacia en la acción, para así ir asimilando sus motivaciones y, guiados como Él por el Espíritu, ir acercándole de verdad a los hombres e ir acercando a los hombres a Él.

2. Donación de sí mismo

La pobreza como condición y estilo de vida, que implica un constante salir de uno mismo, dejar seguridades, deseos de dominio, etc. Y esto, en todos los sentidos, desde la austeridad material de vida, pasando por la flexibilidad en las ideas, en las costumbres, en la misma formación cultural, hasta la opción preferencial por los pobres, que es hacer girar nuestras opciones, nuestros planes, nuestro tiempo y nuestras personas alrededor de la pregunta: "¿Esto es bueno o malo para los pobres?"; de manera que ellos sean la última referencia de nuestra vida y de nuestro ministerio.

3. Amor a la Iglesia

Se concreta en una integración plena en la comunidad eclesial y en un ponernos completamente a su servicio. El misionero, cuando llega a una comunidad eclesial joven, de otras latitudes, no lleva sus planes y proyectos, sino que se pone a disposición de esa Iglesia, a su servicio, humildemente; pues también nosotros deberíamos estar más abiertos a lo que nuestra diócesis nos va pidiendo en cada momento, adaptándonos a su ritmo, sin imponer nuestras ideas o nuestros proyectos.

4. Inculturación

Lo que nos parece obvio en los países de misión, porque tienen culturas muy diferentes de la nuestra, no lo vemos quizá tanto aquí entre nosotros. Sin embargo, la cultura va transformándose continuamente, y son diferentes las costumbres, la manera de vivir y celebrar la vida. Deberíamos estar abiertos a estos estilos, conocerlos, e intentar luego integrarlos en nuestras celebraciones, proyectos de pastoral, etc.

5. Apertura sin fronteras

El amor de Jesús no conoce barreras, no tiene acepción de personas, no tiene áreas reservadas. No podemos cerrarnos, en consecuencia, a nada ni a nadie; lo que nos exige salir de nuestras Betanias, de nuestros grupos, de lo conocido y trillado, con el corazón en la mano y con una actitud de diálogo permanente, de escucha humilde, de comprensión, etc. El misionero es el hermano universal, que tiene la misión de construir la fraternidad entre todos los hombres, y por eso tiene las puertas de su casa y de su corazón abiertas a todos, sin distinción, particularmente a los más pobres, superando simpatías, ideologías, grupos, etc.

6. Opción por los alejados

Recordemos la parábola del pastor que pierde una oveja. Y miremos luego nuestros pueblos y parroquias: si las personas que hay pertenecen al rebaño, si se han alejado, cómo y por qué; y qué hacemos nosotros respecto a ellos. Sin pensar en programas o materiales todavía. Antes que nada, si nos inquieta, si nos preocupa. Y preguntémonos cómo encarnamos luego aquella caridad pastoral de Cristo y su preocupación, no tanto por los sanos, como por los enfermos, no tanto por los justos, como por los pecadores, hasta morir Él mismo no en el centro de la ciudad, sino fuera de ella, alejado, en la periferia, en el lugar de la crucifixión.

7. Actitud de provisionalidad

Desde el acompañamiento de una Iglesia en marcha, Iglesia peregrina, hasta una actitud de disponibilidad a la Palabra de Dios y a las necesidades de esa Iglesia, nuestra vocación nos está pidiendo una constante desinstalación, no echar raíces ni buscar seguridades. Esto exige un despojamiento de las propias aspiraciones y proyectos, el tener en cuenta siempre a los demás, para engarzar con el trabajo hecho allá donde vamos, y estar dispuestos a salir, dejando que otro continúe y recoja lo que nosotros hemos sembrado, con confianza en los demás, en sus capacidades, en comunión de espíritus y comuni-

dad de trabajo, y en la entrega a un proyecto común, para alcanzar juntos los objetivos de nuestra misión. Con alegría y sin lamentaciones ni críticas.

8. Vivir el espíritu profético

En el sentido de estar dispuestos a denunciar las injusticias, aunque esto nos acarree incomodidad, críticas y desconfianza por parte de determinados sectores de la sociedad o de la misma ¿comunidad? de los fieles. Pero, sobre todo, ser testigo de la experiencia de Dios. El profeta es el hombre de Dios, que experimenta en su vida el dinamismo de la Palabra y es testigo de ella en un mundo en crisis de valores, en transformación, que necesita modelos auténticos y testigos, más que maestros repetidores de un mensaje manido.

9. Alegría interior

Quizá un distintivo de cualquier persona o grupo que se siente misionero es que rezuma paz y gozo, que da una imagen de frescura tan diferente a las tensiones, los agobios, las rutinas con que vivimos habitualmente nuestra fe, nuestro ministerio y nuestro trabajo pastoral por estos lares.

10. Superar la tentación del...

● **Protagonismo**, que es nuestra propensión a creernos insustituibles; es la actitud del que no confía en nadie, no sabe escuchar ni trabajar en equipo. Consiste en criticar sin aceptar las críticas, permitiendo así que crezcan la envidia y los celos ante el trabajo que llevan a cabo otras personas. En este caso, el espíritu misionero puede ayudarnos a descubrir nuestros propios límites y nuestra fragilidad, y a abrirnos al otro y, sobre todo, al OTRO, que es Dios. Entender que el único Pastor es el Señor y que somos pastores por participación, porque Él nos ha llamado y encargado una parcela de su rebaño, para que la cuidemos con su estilo y junto a los demás pastores elegidos por Él.

● **Fatalismo**, que se manifiesta en el conformismo y en el desánimo ante la rutina o ante la falta de resultados visibles. La espiritualidad misionera nos recuerda que el Señor está siempre junto a los que trabajan en la construcción del Reino, del que Él es el titular y protagonista. Y también, que Él puede convertir las crisis y los fracasos en momentos de crecimiento.

● **Narcisismo**, que es buscar compensaciones ante el cansancio espiritual. La espiritualidad nos tiene que mostrar la lógica redentora y liberadora de la cruz de Cristo, uniendo la felicidad personal al servicio dentro de la construcción del plan salvífico de Dios.

● **Activismo**, que es la tendencia a actuar sin una motivación de fe y sin conjugar la acción con la contemplación. O a pasar rápidamente de un proyecto a otro, sin que medie una adecuada reflexión y sin un serio discernimiento de espíritu. O, sobre todo, a llevar adelante muchas actividades, sin realizar una acción eficaz y transformadora.